

LITERATURA PÁGS. 10-11

**Arranca
la Bienal
de Mérida**



PAPÉL LITERARIO

EL NACIONAL VENEZUELA, 4 de julio de 2009

Esta publicación es patrocinada por

Banesco



Para Alejandro Rossi (1932-2009)

Es menester repetir aquí lo que tanto se ha dicho: bastaría ese libro inclasificable que es *Manual del distraído* para asegurarle a Alejandro Rossi un lugar dentro de lo mejor de la literatura escrita en lengua española, a lo largo del siglo XX. Un breve texto del propio Rossi dedicado a Armando Reverón, así como las contribuciones de Ana Nuño, Antonio López Ortega y Gustavo Guerrero, se suman a la amplia despedida que se ha brindado a este extraordinario escritor fallecido el pasado 5 de junio **PÁGS. 6-7**

Textos para pensar a Venezuela

Del próximo 8 al 12 de julio, la ciudad de Mérida volverá a constituirse por unos días en el centro literario de la lengua española. La VIII Bienal de Literatura Mariano Picón Salas reúne este año 2009, alrededor de 30 escritores de Venezuela, España y América Latina. Algunos de los invitados contestaron por escrito a una pregunta que le formularon los organizadores sobre qué significa Venezuela para cada uno. Aquí se ofrecen algunas de las respuestas recibidas

Venezuela entre viajes

Cada viaje rescribe los anteriores. La primera vez que estuve en Venezuela, mi horizonte de expectativas se movía entre *Doña Bárbara*, Rómulo Gallegos convertido en Premio, el extraño viaje de Camilo José Cela a estas tierras y Hugo Chávez como fenómeno en marcha. Afortunadamente, leí aquí *Baroni: un viaje*, de Sergio Chejfec, quién sabe si la gran novela sobre Venezuela, y mi perspectiva comenzó a ampliarse. En el segundo viaje a este país constaté que a mayor conocimiento, mayor complejidad: el ensayo de Gustavo Guerrero sobre *La catira* me alertaba secretamente sobre las trampas venezolanas. Viajar contra el espacio —siempre. Ahora, en el tercero, todo se complica exponencialmente. Todo se amplía. Me rescribo con Venezuela al fondo, problemáticamente. Incluso este breve texto me resulta difícil de escribir.

JORDI CARRIÓN

Venezuela

Cada país de este mundo es un misterio y una alegría. Para mí es una fiesta viajar a Venezuela. No he estado nunca en Venezuela. He visto vídeos en *Youtube* sobre Caracas. He sido lector del poeta venezolano José Antonio Ramos Sucre. De repente, se me ocurre una pregunta: ¿dónde está ente-

rrado Ramos Sucre? Pienso también ahora mismo en la fundación de Venezuela. ¿Cómo se fundan los países? Pienso en la sonoridad de la palabra Venezuela. No me convence que el origen de la palabra Venezuela esté en la palabra Venecia. Veo en el mapa la originalidad visual del Lago de Maracaibo. Me gustaría bañarme completamente desnudo en ese lago. Veo que Venezuela tiene montañas de más de cuatro mil metros de altitud. Eso me alegra, porque creo en las montañas. Me gustaría ascender a los picos de esas montañas, también completamente desnudo. Cada país es un misterio grande. Yo quiero conocer Venezuela. Me encanta que me hablen en español. Me encanta que la gente me hable. Si está soltera, y sin compromiso, me casaré con Venezuela.

MANUEL VILAS

Mi doble en Venezuela

El primer recuerdo que tengo de Venezuela se remonta a la niñez. Me gustaba calcar mapas, colorearlos y luego poner el nombre de las ciudades. Me llamaba la atención que aquel país tan lejano tuviera las mismas ciudades que España. Miraba en el atlas el mapa de Venezuela y descubría Barcelona, la ciudad donde yo había nacido, y también Valencia, Mérida, Trujillo, incluso Sierra Nevada.

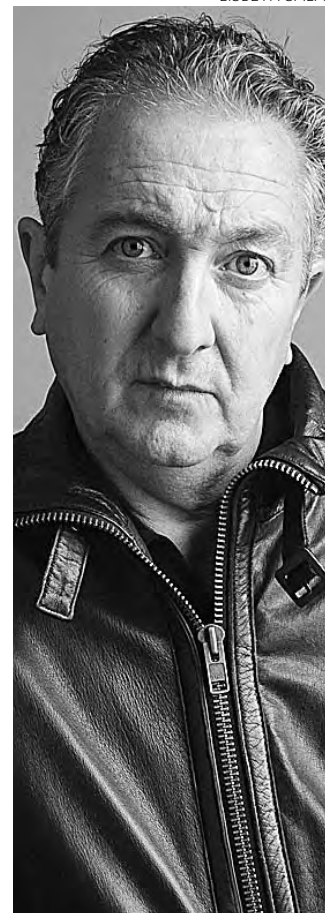
Llegué a la conclusión de que existían ciudades gemelas como hermanas. Imagi-



Jordi Carrión



Manuel Vilas



J.A. Garriga Vela

naba que el mundo no era redondo sino semicircular y que en su parte plana había un espejo que reflejaba la curvatura de la tierra, de tal manera que si yo me acercaba al espejo mi imagen aparecería en dos espacios distintos. Al otro lado, estaba yo o un niño igual que yo. Entonces me propuse conocerlo. Pero la vida no permite siempre realizar los sueños de los niños. Hasta ahora, que volaré a Caracas, casi cincuenta años después de aquellos días de la infancia en que soñaba con tras-

pasar el espejo del mundo y conocer a mi doble en Venezuela.

JOSÉ A. GARRIGA VELA

Tierra de gracia

Crecí en una familia extremista en materia de sentimientos: bruscas explosiones de euforia alternadas con rachas de melancolía. Cuando mi madre estaba contenta, una de sus mayores alegrías era bailar *Alma llanera* con un eufórico zapateo. La espuma del Arauca vibrador

saltaba en medio de la sala y arrastraba a su paso la monotonía de la rutina diaria. Antes de saber que Colón había llamado a Venezuela “tierra de gracia”, los acordes del arpa me lo revelaron. El joropo de Pedro Elías Gutiérrez y Rafael Bolívar fue uno de mis primeros acercamientos a la poesía, porque su letra, repetida como un mantra, educó mi oído literario cuando apenas empezaba a descubrir el alfabeto. No soy poeta, pero hasta un humilde narrador tiene que partir de un impulso lírico para escribir en pro-

sa, y yo me enamoré del lenguaje al memorizar esa letra. El alma llanera de Venezuela me entró de niño por los oídos, y más tarde, en la etapa madura de mi formación literaria, descubrí en la literatura venezolana un venero inagotable de iluminaciones, que me ha llevado con asombro de la poesía de José Antonio Ramos Sucre a la de Eugenio Montejo, de las novelas de Arturo Úslar Pietri, a las narraciones fantásticas de Ednodio Quintero, de las piezas teatrales de Cabrujas a los ensayos de Picón-Salas.

La literatura mexicana y la venezolana tienen en común la gran hazaña cultural de haber construido una tradición de excelencia al margen de los grandes circuitos de distribución y mercadeo editorial, regidos por el principio de exportar baratijas. Por culpa de la nefasta insularidad que separa a nuestras culturas este milagro ha permanecido oculto a la mayoría de los lectores de ambos países. Pero quien tenga suficiente curiosidad intelectual para vencer ese aislamiento verá materializado “el sueño de encontrarse en los ausentes”, como definió Eugenio Montejo al goce de la lectura. La Bienal Picón-Salas nos brinda una gran oportunidad de cumplir ese anhelo.

ENRIQUE SERNA

Como un latido

No creo en los países fuertes ni en los que lo tienen todo y que por lo tanto irradian constantemente presencia. Para mí Venezuela es una intermitencia. No solamente ahora, que no resido en el país y por lo tanto, podría pensarse, la nostalgia y los recuerdos oscilan según el vaivén de la distante vida de todos los días. No. Mientras viví en Caracas, un periodo bastante considerable, Venezuela fue lo mismo, algo parecido a un latido. Una presencia que se expandía y encogía, una materia cotidiana que se manifestaba y enseguida elegía borrarse. Nunca me preocupé por descubrir alguna clave local, porque creo que en el fondo todo país es circunstancial. Y me-

nos podría intentarlo ahora, cuando la palabra “evocación” invita a definir un sentido. Yo diría que Venezuela me evoca un país accidentado como todos los del continente y que, como casi todo el resto, no tiene el futuro despejado.

Por ello me sentiría más cómodo con una pregunta inversa: ¿mis evocaciones pasan por Venezuela? Quiero decir, si acaso existen cosas que mis libros evocan, ¿cuáles se vinculan o apelan a esta geografía? Creo que básicamente se tra-

ARCHIVO



Sergio Chejfec

ta de una actitud; en Venezuela encontré esa forma de estar y no estar a la vez. Mi vida fue como un deslizamiento durante el cual escribí muchos de mis libros, deslizamiento que se prolonga y gracias al cual, una vez fuera de este gran territorio, puedo seguir tolerando, incluso, la nueva lejanía. Ese carácter impreciso, difuso y pleno al mismo tiempo, que tienen algunas partes del mundo y en especial nuestros países lábiles —aunque hayas cambiado de sitio sigues estando donde estuviste— me sigue alimentando.

Así, agregaría evocaciones referidas a escritores. No a escrituras, sino a individuos. Son recuerdos que mantengo y donde ellos aparecen en una condición fronteriza, anónimos y divagantes, distraídos y a la vez ansiosos, desubicados pero definitivamente nativos en el mismo movimiento. Me acuerdo de: Oswaldo Trejo sentado en el Gran Café los sábados por la mañana, a la espera de conversaciones; de Eugenio Montejo subiendo por Los Palos Grandes, llevan-

FRANCEC FERNÁNDEZ



Ernesto Pérez Zúñiga

do una bolsa de mercado increíblemente pequeña como si cualquier alimento fuera innecesario; de Juan Sánchez hablando por teléfono desde la profundidad de la noche, ávido de tocar cualquier tema; de Salvador Garmendia caminando muy lento en pantalones cortos por la Rómulo Gallegos, cuando la tarde parecía hacerse demasiado larga. Me acuerdo de todos ellos y me digo: fueron discontinuos, fueron escritores / no-escritores, fueron radicalmente obvios y en cada uno de sus tics y temperamentos revela-

ron la parte no escrita —pero incontrovertiblemente explícita— de su arte. Y me sirvo de estas simples escenas para decir que muchas veces un país, por fortuna, también evoca lo que parece escondido.

SERGIO CHEJFEC

Ir y venir

Venezuela. Del verbo venir. Ida y vuelta, sin que el mar importe, idas y vueltas asentadas en la llanura y en la gar-

verbo polémico ir y venir, en la constante acumulación de tableros y palabras que hacen la casa y la hoguera. Venezuela, también huella, la del que se queda y la del que tiene que marcharse. Hoy no se puede pronunciar Venezuela sin querer que cada una de sus letras —una vez vuelen y vuelvan a juntarse— signifiquen libertad.

ERNESTO PÉREZ ZÚÑIGA

Venezuela. Una foto

Un hombre tuerto, un disfraz y un columpio. El hombre tuerto era mi abuelo; el disfraz, de india; el columpio, el que me causó la brecha que aún disimulo en mi barbilla.

Pasé mi primer año de vida en Caracas, con mi abuelo. La foto que describo se tomó el 23 de agosto de 1975, el día de mi cumpleaños. Llevo puesto un traje de indígena por ese uso paródico tan común en los adultos: me vistieron de india por ser rubia.

Me han contado que, justo después de tomarse la foto, me impacienté por bajarme del columpio y salté a tierra. También me han contado que no dejé de pellizcar la piel oscura de la médica mientras ésta me cosía la barbilla.

De vuelta a Madrid, fui una niña soberbia: mis brazos exhibían cicatrices de vacunas impensables en España. La costura en mi barbilla era un triunfo: la había causado un desliz de mi abuelo —un poderoso empresario, un prófugo del desamor y, sobre todo, un pirata tuerto.

Vuelvo a contemplar la foto: la barbilla aún intacta, el antifaz y el vacío. Siempre he reivindicado en mí un grado de distinción que no suelo admitir en otros. He de reconocer que esta singularidad tan impúdica la empecé a forjar en Venezuela.

IRENE ZOE ALAMEDA

ARCHIVO



Irene Zoe Alameda

ganta montañosa. La mirada y la voz y las páginas de los amigos escritores. Un escritura que no perdona la vida y que Combate, latiendo, la tontería de otras letras. Una literatura tan intensa como la palabra Venezuela, pero también más limpia (como la Percusión de aquella Tarde con campanas). Tan rica como el sonido Venezuela, pero mucho más universal; menos preocupada por sí misma que por la literatura entera: la que se sabe oriente o norte congelado o quemazón interna. Dulcinegra de Sucre. Y, sin embargo, Venezuela del